

COMUNIDAD SALESIANA

HUESCA



Queridos hermanos:

Os comunicamos, con profundo sentimiento, la noticia del fallecimiento del salesiano coadjutor.

Pablo Obiols Farreres

Nos dejó en la mañana del 9 de julio pasado. "Gracias, muchas gracias" — fueron sus últimas palabras a la enfermera que lo atendía.

Precisamente el sentido profundo de gratitud al Señor, a María Auxiliadora, a familiares, amigos y hermanos, fue una constante de su vida. Todo lo consideraba don inmerecido, regalo generoso.

SU VIDA SALESIANA, DON DE DIOS

Nadie mejor que él mismo nos puede ayudar a seguir algunos de los momentos más importantes de su vida.

Cuando la enfermedad lo tenía inválido, en una silla de ruedas, en la residencia de Martí-Codolar, él, siempre tan tesonero, incapaz de pasar un rato sin hacer nada, se dedicó, entre otras tareas, a hurgar en el tiempo pasado y con caligrafía indecisa nos dejó unos apuntes autobiográficos llenos de sencillez y sinceridad.

Fijaos en el comienzo: "Ante todo quiero que quede muy claro que la idea principal que me mueve a hacer esto es hacer ver que mi vida ha sido, desde mis primeros años, una serie continuada de predilecciones y gracias del cielo. Lo podrán comprobar, a lo largo de estas páginas, los que tengan la paciencia de leerme".

Yo he tenido esa paciencia y he pasado unos ratos muy agradables. En esas páginas, en esos hechos, en esas anécdotas, está el señor Pablo retratado. No entendía mucho de literatura pero la claridad, la sinceridad y la coherencia fueron distintivo suyo y, al leer, se descubre enseguida que no hay trampa. Dice la verdad.

"El pueblo en el cual nací y pasé mi infancia es el de Cabó, está en un valle de unos 25 kms. de largo, en el Pirineo catalán".

Nació el 25 de febrero de 1904, en "Cal Graell", que así se llamaba, desde tiempo inmemorial, la casa paterna. A los pocos días fue bautizado y le pusieron el nombre de Pablo (familiarmente siempre fue llamado con el diminutivo catalán Pauet). En sus últimos años, en Martí-Codolar, recuperó este nombre para él tan entrañable).

Fue el tercero de siete hermanos, fruto del amor de Carlos y María, sus padres, profundamente cristianos. Hizo su primera comunión a los siete años; fue monaguillo madrugador y devoto.

También movido y charlatán impenitente. "Tanto les molestaba mi charlatanería que un día se pusieron en casa de acuerdo y me dijeron que si estaba tres días sin hablar me dejarían ir a la fiesta mayor de La Seu (pequeña capital de la zona)".

Y ganó, claro que ganó. A lo mejor este fue su pequeño primer negocio, fruto de su tenacidad.

Un salesiano, hijo del valle también, Don Juan Baraut, "que empleaba sus cortas vacaciones en

echar el anzuelo buscando vocaciones, de acuerdo con mis padres, me llevó a Gerona". Era su primer contacto con los salesianos. Ya le habían precedido sus primos Tomás y Pablo Baraut. Le seguirían tantos y tantos de ambas familias, los Baraut y los Obiols, entre ellos, sus dos sobrinos sacerdotes salesianos José y Pedro.

Llegó a la casa de Gerona "el ocho de septiembre de 1917, día de la natividad de María". Ya se quedó para siempre con D. Bosco.

El atribuye a D. Juan Tirelli, salesiano de la primera hora, haber descubierto y cultivado su vocación.

El año 21 marchó a Carabanchel para hacer el noviciado. Lo hizo orientado por salesianos de excepción: D. Marcelino Olaechea era su director, don Antonio Castilla su Maestro y don Lucas Pelaz su Asistente. Le dejó un gran recuerdo. Hizo los votos el día de Santiago del año 1922. Después de tantos años aún recuerda aquel año y dice: "Con la profesión llegó el final del año más recordado de mi vida".

Fue destinado a Gerona, a la escuela agrícola, y estuvo allí, del 22 al 36, trabajando duro en la granja y dando clases bajo la experta mano de aquel admirable maestro de salesianos que fue don Fidel Badosa. El 8 de septiembre (otra vez la natividad de María) del año 1927 hizo la profesión perpetua.

En Gerona le coge el estallido de la guerra civil. El, en la dispersión de la comunidad, logra llegar a sus montañas, a su casa de "Cal Graell" en Cabó, y se dedica a trabajar en las fincas familiares. "Algunos del pueblo se extrañaban de que "un fraile" se sometiera a trabajos tan duros, pero a mis 32 años yo lo aguantaba todo y estaba acostumbrado a todo".

Llamaron su quinta para ir al frente y se escondió, con otros, por los montes. Por la noche bajaba a una casa. Ante el temor de represalias para su familia debió presentarse a las autoridades y fue enviado al frente de Aragón. Poco duró su etapa de soldado: dos meses.

Una noche, "observando que los centinelas no me veían, encomendándome a Dios —¡Señor, en Vos confío!— y dando un beso a la medalla, con el fusil, las cartucheras y bombas de mano, decidido, emprendí la gran aventura a vida o muerte, dispuesto a todo, hasta a hacer uso de las armas si me perseguían". Se pasó así al bando nacional.

Tras unos días en Bilbao-Deusto, fue enviado por Don Julián Massana, inspector entonces de la Tarragonense, a la casa de Huesca-Heredia que se preparaba a dar sus primeros pasos como aspirantado.

Trabajó habilitando la casa para el primer grupo de aspirantes, "esperando que, concluida la guerra, podría volver a la inolvidable casa de Gerona. La espera se convirtió en más de cuarenta años de permanencia en Huesca con un pequeño íntervalo de cuatro años en Sentmenat (Barcelona). Y si no hubiera sido por la invalidez, que me originaron las vértebras desgastadas, seguramente todavía me encontraría en Huesca". Toda la vida del aspirantado de Heredia, 25 años, la vivió él intensamente.

Los que hicimos allí el primer año de Latín lo recordamos como un hombre inquieto, trabajador, exigente. El cuidaba la huerta, hacía pequeños arreglos en la casa, salía a buscar comida por la ciudad (eran los años duros del racionamiento), "mercadeaba" por un sitio y por otro. Las malas lenguas le atribuían que en la compra-venta de caballerías no se defendía mal con los gitanos y hasta que en alguna ocasión engañó a alguno, que ya es decir.

Fueron años muy fecundos en su vida. Sólo Dios sabe lo que ayudó al aspirantado.

Fue enviado al nuevo filosofado de Sentmenat en Barcelona, al cerrarse el aspirantado de Heredia. En poco tiempo hizo de un pedregal una huerta, que era la admiración de los labradores de la vecindad. Y es que gozaba con su trabajo de agricultor. Su profesión le encantaba. Cuando logró poner, en la nueva huerta, riego por aspersión, gritaba alborozado: "¡Hago llover, hago llover!".

Pero Huesca le tiraba del corazón y volvió a esta ciudad el año 1968. Ya tenía 64 años y aún estuvo 17, de nuevo en la huerta y en la granja del colegio.

Llegó el momento en que este hombre incansable tuvo que rendirse a la evidencia de que su organismo estaba desgastado, de que se había hecho viejo. Fue para él tremendo. Yo lo viví de cerca y puedo certificar lo mucho que él sufrió. Le costó mucho irse retirando trinchera a trinchera; le costó muchísimo no poder trabajar en el campo, después tener que caminar con un bastón y finalmente, inválido ya, tener que dejar esta casa y esta ciudad donde había pasado media vida.

Dice en el penúltimo párrafo de sus memorias: "He llevado una vida intensa de trabajo. No me han faltado ni alegría ni penas ni pobreza. Algunos me decían que hacía mi voluntad. Ciertamente mi voluntad, en general, ha sido hacer la de mis superiores y la obligación del deber y de la responsabilidad. Por otro lado, dada mi condición de trabajador agrícola, nadie se metía en mis asuntos...".

En el último párrafo nos promete la continuación de sus memorias pero la enfermedad no se lo permitió.

En el otoño del 85, tras una operación de hígado, empeoró seriamente. Lo llevamos a Martí-Codolar para ver si con las atenciones que allí se prodigan a los salesianos ancianos enfermos podía recuperarse. Poco a poco se fue rehaciendo aunque no totalmente. Era el primer descanso de su vida y apenas se sintió con algo de fuerza se puso de nuevo a trabajar. Su habitación se convirtió en un pequeño taller y, desde su silla de ruedas, fue haciendo lo que podía: enormes rosarios que regalaba a los amigos (tengo la lista con los nombres de 67 personas) pequeños arreglos, escribir sus memorias...

El último año lo pasó casi constantemente en el lecho sin movimiento. Fue una larga pasión que soportó con amor y en silencio.

En la madrugada del 9 de julio se rindió, entró en el descanso definitivo, este admirable salesiano.

ALGUNOS RASGOS DE SU PERSONALIDAD

A lo largo de su biografía se perciben ya diversos rasgos que han caracterizado a D. Pablo. Quisiéramos completarlo siguiendo los juicios que de él nos han dado salesianos que convivieron con él en diversas etapas de su vida religiosa.

Todos los que lo hemos tratado podríamos afirmar que el espíritu de trabajo era lo que mejor definía al señor Obiols.

Ya en los primeros tiempos en Gerona, "era un gran trabajador; tenía una huerta muy cuidada, se encargaba de la electricidad, de la turbina, estaba en todo. Era muy mañoso".

Y si del tiempo de Gerona pasamos a Huesca: "Era un hombre de constante laboriosidad. Atendía al cultivo de los campos que la comunidad poseía en Huesca procurando obtener el mayor rendimiento posible de los mismos, perdiendo noches, en épocas de estiaje, para garantizar el turno de riego correspondiente (o ampliarlo si se terciaba la ocasión)".

Nos dice otro salesiano: "Este espíritu de trabajo lo había aprendido en su casa "pairal" de Cabó, desde muy niño... Se entregó al trabajo con toda su alma. En él se realizó como persona y como religioso. Del trabajo hizo su segunda naturaleza".

Lo que dicen las constituciones, en el artículo 18, sobre el trabajo y la templanza del salesiano, creo que el señor Pablo lo sintió a lo largo de toda su vida como una exigencia interior irresistible, como una imperiosa exigencia de su fidelidad a Don Bosco: "El trabajo y la templanza harán florecer la congregación; en cambio la búsqueda de comodidades y bienestar material serán su muerte. El salesiano se entrega a su misión con actividad incansable y procura hacer bien todas las cosas con sencillez y mesura. Sabe que con su trabajo participa en la acción creadora de Dios y coopera con Cristo en la construcción del reino".

Porque también la templanza, la austeridad, el espíritu de pobreza troquelaron la persona del señor Pablo.

Nunca pidió ni quiso para él ningún tipo de comodidad. Era ahorrador, a veces hasta el extremo. Era pobre y vivía como pobre y amaba las consecuencias de la pobreza, en el uso del dinero, en la comida, en el vestido.

"Nada se debía perder, nada se debía gastar inútilmente. Como buen hijo de D. Bosco, valoraba el dinero porque sabía los esfuerzos que costaba y, sobre todo, el mucho bien que con él se podía hacer en favor de los jóvenes necesitados que el Señor nos envía... Toda su vida fue una ofrenda en favor de los niños necesitados que la congregación ha de atender".

"Daba cuenta puntual de compras y ventas al administrador procurando realizar estas gestiones en beneficio de la casa".

Pero esta actividad incansable, este desapego de lo no necesario tenía un motor interior, una fuente inagotable: se sentía profundamente religioso, consagrado, en el más riguroso sentido de la palabra. No necesitaba para vivir tantas y tantas cosas con las cuales, a veces, hasta religiosos quieren llenar vacíos profundos, porque él, por convicción y por coherencia, era religioso salesiano y no necesitaba nada más. El señor Obiols no tenía muchas palabras para hacer teorías pero bastaba contemplar sus hechos durante algún tiempo para adivinar el espíritu que lo movía, bastaba vivir con él algún tiempo para ver que era un religioso auténtico, coherente y convencido.

"D. Pablo era un hombre de fe, de una fe recia, profunda, aquella que trasciende y llega hasta los

detalles más pequeños de la vida, aquella que hace de cada día una jornada santificada. Cuántas veces, al atardecer de un día de trabajo, lo he visto desgranando avemarías del rosario en la huerta, en la iglesia, en casa..."

Todos los que hemos vivido con él hemos podido apreciar su presencia constante, puntual y ejemplar sin fiñerías en las prácticas de piedad. En sus últimos años en esta casa, ya medio inválido, era conmovedor verlo caminar con dificultad y apoyado en sus bastones, llegar hasta la iglesia para pasarse un rato de oración con el Señor o con María Auxiliadora.

La oración, como expresión y alimento de su fe, era una manifestación clara de que tenía una profunda riqueza interior y unas convicciones arraigadas sobre su ser de consagrado.

Por otro lado, a pesar de la energía en el trabajo, a pesar de su austeridad, a pesar de su genio fuerte, escondía una profunda vena afectiva que él mismo reconoce en sus apuntes biográficos. Sentía un profundo afecto por sus hermanos de comunidad, por sus amigos, por su familia. Sabía cultivar, con agradecimiento, a los bienhechores de la casa. ¡Cuántas veces obsequiaba con primicias de la huerta a las personas que nos ayudaban! Tenía, movido por el afecto y el agradecimiento, multitud de pequeños detalles para con los otros.

"Le vi tratar con respeto y delicadeza a los hermanos, interesarse por sus familiares y resolver con presteza cualquier pequeña tensión surgida del intercambio de pareceres o criterios dispares".

"De igual modo he de subrayar el enorme cariño que profesaba a todos sus familiares. D. Pablo nunca perdió el calor del hogar de su casa pairal de Cabó. ¡Cómo se le alegraban los ojos y cómo le fluían las palabras, al hablar de todos los de su casa, de todos sus seres queridos!"

Su sobrino José, salesiano, nos dice a este propósito: "Le gustaba pasar unos días en casa de la familia, en Cal Graell. Disfrutaba conviviendo, charlando con parientes y amigos. Pero nunca como un señorito, sino siempre ayudando. Ser útil, no ser una carga, ayudar, fue para él una obsesión. Ni molestar ni dar trabajo a nadie".

¡Cuántas y cuántas cosas podríamos seguir diciendo del señor Pablo!

En la iglesia salesiana de Barcelona-Sarriá se celebró el funeral en la mañana del 10 de julio. Nos juntamos muchos salesianos, familiares, amigos, presididos por el P. Inspector, para hacer una última oración por este buen hermano.

Tenemos la seguridad de que ya goza de Dios y de que, incansable, con energía y tenacidad renovadas, está intercediendo por todos aquellos a los que amó en vida: la Congregación, la familia, los jóvenes, especialmente por esta casa de Huesca y por esta ciudad a la cual dedicó sus mejores años.

Oremos nosotros también por las vocaciones para que María Auxiliadora nos envíe salesianos del temple y del espíritu de Don Pablo (Pauet).

Os saludamos a todos cordialmente.

ANTONIO MANERO BORAO
Comunidad Salesiana de Huesca.

Datos para el necrologio.

Pablo Obiols Farreres. Nació en Cabó, en la comarca del Alt Urgell (Cataluña), el 25 de febrero de 1904. Profesó en Carabanchel el 25 de julio de 1917. Falleció en Martí-Codolar, Barcelona, el 9 de julio de 1990.